JOSÉ PEDRO GARCÍA PAREJO

LEÑA

Maclein y Parker

PRÓLOGO

por Álex Prada

«Todos somos un poquito americanos», cantan nuestros paisanos Pony Bravo. Hay que darles la razón —como siempre—. O nos acordamos de aquel *Caoboi huervano* de No me pises que llevo chanclas —santos de la Razón—. Y es que todos nos hemos tomado el *colacao* y la viena con mortadela y mantequilla con Zack Morris o con Will y Carlton en el *high school* de turno y hemos querido parecernos a Dylan de *Sensación de vivir* o a Kelly Kapowski y así salvarnos por la campana tan chulamente como ellos. *Hey*, *cusha*, pero solo somos «un poquito» americanos, porque a la vez nos emocionamos metódicamente, cada año de igual forma, cuando El Cautivo pasa rozando las cornisas por el Callejón Cruz de Dos Hermanas. Ole. En los relatos de José Pedro —a veces me entran ganas de llamarle J.P., es decir, *Jey Pi*—, hay Palahniuk y hay Quiñones (algo menos), hay Carver y hay *mierdasdebarrio*, hay *fuck* y hay «calle Botica entre el resplandor de los televisores de planta baja». Es decir, que José Pedro, ese profundo narrador que siempre anda detrás del narrador de cada historia, ese Vonnegut de la *Carretera vieja* —por cierto, tan romántica y pistolera siempre— es el alucinante engendro que resulta del señor Kowalski y del viejo sevillano del mono azul, sentados ambos en una plaza

de Dos Hermanas, arreglando y desarreglando la ruleta de la fortuna de la vida, bajo un coro de chicharras, en *Kowalski*. Un hombre estreñido es igual aquí que en uno de John Kennedy Toole, pero no es lo mismo. José Pedro sabe dibujarlo con esa mixtura sevillano-yanqui tan nuestra y tan suya. En *El club de los primeros*, mi relato preferido, José Pedro se viste de Palahniuk y de Tarantino, que son ya para nosotros como titos por parte de padre —padre Hemingway— de Alcalá, la de Guadaíra. Y qué bien lo cuenta, el *hioputa*, qué capacidad narrativa, qué dibujo psicológico más firme de los personajes. Detrás de todas esas referencias, sonando al fondo Woody Guthrie y Cantores de Híspalis, aparece José Pedro con su propia voz, una voz que se va reconociendo y que sabe contar con audacia y conocimiento de causa todo ese submundo que fluye entre los pupitres, ese regateo sentimental de las aulas, los millones de estremecimientos que flotan en una clase —a veces de *insti*, a veces de *high school*—, ese río de presencias, de anhelos, vergüenzas, impotencias, dolores y sudores callados, como leemos en *Clase de matemáticas* o en *Educación semipresencial*.

Nombres, nombres, nombres. Me cautivan todos los nombres propios que usa José Pedro. Resumen lo creíble, lo vivible que es cada historia que nos relata. Estoy seguro de cuánto cuida el autor la sonoridad, la credibilidad de cada uno de estos nombres. Georgeta, Henry, Ray Jo, Paca la *Culona*, Batalla, hasta en C y en A, de *Camino de vuelta* —donde nos acordamos de otro nombre, ¡Bolaño, amigo nuestro!—, damos con esqueletos rellenos de músculos, músculos rellenos de sangre y energía, una anatomía cotidiana que palpamos como viva. Es decir, que nos encontramos a nosotros mismos —¿quién será capaz de librarse en *El comportamiento*

demográfico o en *Vidas de protección oficial*?— masturbándonos, tan perdedores —tan *losers*—, y deseando que Rebeca Linares sea A o viceversa. Porque quien dice nombres dice hombres y José Pedro nos regala la abuela anónima, la de todos y a la vez la nuestra en particular, que nos lleva al circo envueltos en su nube de perfume *(Gran Circo Ruso)* o nos hace cómplices de un amable apilador que nos pondrá contra las cuerdas sentimentales más tensas y espinosas.

Y el ritmo. Uno va cayendo por el tobogán del relato —un relato, sin tobogán, no funciona—, ve venir a Ariel Macciola, *El Conejo*, en *Leña,* con el balón controlado y quiere saltarse las palabras para saber si al final hay gol o enfermería. Esa ansia es un ingrediente básico en el relato corto y José Pedro la esparce con mimo en sus tramas. Y Fin. Corres la banda, aprietas los dientes esperando la traca final de los abuelos de *Vagón de cola*, ahí vas, tobogán abajo y José Pedro cierra con ese golpe. Por eso, su característico y cinematográfico monosílabo, su platillo contundente, su sello cerrando la historia. Y lo mejor es que puede o no pasar algo, lo interesante es que el relato nos da un diez por ciento y el resto lo ponemos nosotros, se intuye, se queda ahí flotando en un polvo misterioso que nos encoge el corazón. El ritmo.

Aquí tienen, pues, *ladies and gentlemen*, a *Oze Pedro*, *Jey Pi*, sentado en El Arenal de Dos Hermanas, esperando los vagones polvorientos que llegan de Wisconsin cargados de jornaleros de litro y medio de Los Palacios y de *cowboys* tejanos que vienen a confiarle sus más espeluznantes y descarnadas historias. Y Fin.

VIDAS DE PROTECCIÓN OFICIAL

Asomas como cada lunes a la hora prevista, propiciando mi misma sonrisa. Como cada lunes pareces satisfacer con conocimiento de causa mi ancestral atracción a no modificar costumbres ni, por supuesto, Dios me libre, horarios. Te muestras como cada lunes con precisión suiza para continuar engordando mi imaginario de hombre cartesiano y correcto. Te ofreces como un suculento bocado a una hora pactada unilateralmente por este, quien te habla, quien te mira, quien es asaeteado por sueños peligrosos que producen pequeños desgarros en una conciencia de apariencia sosegada.

Mi primer día de la semana es plácido en el aspecto laboral. Ocupo mi cubículo de la oficina apenas tres horas merced al capricho del tipo de Recursos Humanos. Así que, si no han entrado incidencias anormales de última hora y las cuentas han cuadrado como normalmente cuadran, me desembarazo de cualquier pensamiento relacionado con mi profesión a las diez y cuarto de la mañana, justo cuando cuelgo el maletín en el perchero del vestíbulo.

Aun así, pese a disfrutar de un inicio semanal envidiado por gran parte de la población activa, no consigo evitar sentirme un intruso al cruzar la entrada de mi tercero cuarto. Tropiezo con la soledad en el salón, en la cocina, en los dos

dormitorios, en el cuarto de baño y en el aseo. Setenta y tres metros cuadrados de vacío demográfico. Mi esposa toma el metro de vuelta a las catorce y diecisiete y los niños retornarán por la tarde, escasos de glucosa tras las actividades extraescolares. Aun así me siento un usurpador al deambular por las silenciosas estancias de mi hogar. Cualquiera de mis movimientos rebota sin freno por paredes y techos para anunciar a bombo y platillo mi presencia. Recibo el reproche de la cama deshecha. «¿Ya estás aquí?», agacho la cabeza ante la fotografía familiar. «¿Te han despedido?», apuntilla mi suegra tras el maquillaje excesivo del día de mi boda; retiro la mano sorprendido con los últimos restos de calor de las tazas del desayuno. «Como nos metas en el lavavajillas, te delatamos, Jiménez.»

Me considero un buen marido y un buen padre («cartesiano y correcto»). No frecuento bares en solitario, predico con el ejemplo practicando *footing* diariamente e ingiriendo la dosis de fruta recomendada por el Ministerio de Sanidad, las mañanas del sábado pertenecen, como es de recibo, a Mercadona y Carrefour, engarzo cualquier mueble de Ikea en menos de una hora y hace tiempo que dejé las apuestas. Sigo el camino que el sistema señala y no me van los deportes de riesgo.

Sin embargo, los lunes por la mañana abro las ventanas para airear las habitaciones. Supone una de las misiones que tengo encomendada. El crujir de las persianas se derrama por una calle sin tránsito. No existen comercios y las plazas de aparcamiento abundan. Únicamente la motocicleta del cartero y el camión del butano quiebran la monótona paz. Mi calle es calle de bloques de viviendas de protección oficial, es decir, celdillas estéticamente uniformadas, con la sobriedad

propia de las construcciones de bajo coste. Algún que otro inquilino trata de disimular la ausencia de originalidad con toldos de colores estrafalarios o convirtiendo el balcón en un pequeño Amazonas para disfrute de abejorros y avispas.

En mi calle el precio de la intimidad es elevado: el balcón y las ventanas de enfrente no distan más de veinte metros. Varios somos los vecinos que hemos expuesto más carne de la cuenta por falta de precaución. Muchos más somos los vecinos que nos hemos excitado con los diálogos que parten de coitos ajenos. Por todo ello, en mi calle las ventanas son tesoros para todo *voyeur* que se precie. No me considero un *voyeur*; sin embargo, los lunes por la mañana llego temprano a casa y debo abrir las ventanas para airearla.

Abandonas como cada lunes a la hora prevista la penumbra de tu madriguera para cumplir con una de tus labores domésticas y pareces desperezarte felinamente ante el sol primaveral. Te desplazas con ligereza por el minúsculo balcón. Allí has desplegado el tendedero portátil para colgar con mimo la colada. Calcetines generalmente en el lado izquierdo, calzoncillos y bragas en el derecho, cediendo el centro a pantalones, camisas y jerséis, elementos que concentran mayor peso. Vas rellenando el endeble armazón pausadamente, evitando dobleces inoportunas para el posterior planchado, utilizando una sola pinza para sostener el extremo de dos prendas contiguas; vas ocupando los resquicios que se generan con una pulcritud matemática, rara vez paralizas el proceso, dos centímetros, suficientes para un calcetín, cuatro, unas bragas. La ejecución del proceso es fluido, el cuerpo se balancea armoniosamente, de la palangana al tendedero, del tendedero a la cesta de las pinzas, de la cesta de las pinzas de nuevo al tendedero. De once menos diez a once y cinco apro-

ximadamente. En alguna ocasión me has obligado a esperar diez minutos. No debo tenértelo en cuenta.

¿Eres consciente de que te observan? ¿Notas el peso que proyectan las pupilas humanas? Yo mismo he escrutado intranquilo otras ventanas, buscando azorado otros ojos. Me desagrada que me miren sin saberlo. La sensación de ser objeto de una vigilancia es incómoda, incluso repugnante. Aunque la mirada la produzca el azar en un semáforo, el aburrimiento en el aeropuerto, la admiración hacia la estrella de cine. Pienso que las miradas extrañas esconden un atisbo avieso. La mente humana es enmarañada, no es el país de las golosinas, existen agentes que enturbian el hombre bueno de Rousseau. ¿En qué lugar me deja entonces mi propio pensamiento? De momento un paso alejado de la ventana, para ocultar mi presencia, imposible que repares en mi figura. Lo tuyo es una segunda planta y lo mío una tercera. Ejerzo de dominador; mi plano es superior al tuyo y, en cierta manera, fabricante de placer.

Tus pechos hablan. Hablan mientras bailan. Bailan mientras conversan entre sí. Tus pechos basculan bajo la traslúcida camiseta y activan evidentemente mi pulsión sexual. Conservan, según mi humilde opinión, una lozanía propia de la adolescencia. Pese a tu edad —¿Cuántos? ¿Treinta y cinco?— y tus dos partos. Retienes aún, sin embargo, mil maneras de niña. El modo de sujetarte el cabello mediante una coleta, personajes de Disney en tu ropa, pulseras baratas en tus muñecas, una mariposa tatuada cerca de un hombro. Y después está tu piel, virginalmente trigueña, extraída de un cuadro de Tiziano. Y después está tu piel, mar eterno, de atardecer dorado, de aguas cálidas y lisas, listas para surcar sin contratiempos. Aguas inalcanzables,

desde luego, donde mis velas se hinchan a base de deseo y no de realidad.

Nos hemos cruzado en la calle. Tú, empujando un carrito de bebé; tú, yendo a clase de aerobic; tú, cargada de bolsas y mueca de prisas. Nos hemos cruzado y he sujetado el impulso tentador porque este juego es mi juego y no quiero un *game over* parpadeante en la pantalla. ¿Debería advertirte? ¿Deberías saber que eres la protagonista de una película? Pisamos el mismo metro cuadrado de acera y esquivo la necesidad de decirte oye, mira, perdona que te moleste, es que te observo cada lunes, desde mi ventana, sí, ahí arriba, y lo que son las cosas, me gustas, pero, fíjate, hay más ventanas y hay otros hombres, tápate, vigila tu alrededor, mantente alerta, cuida tus exposiciones, no temas, yo soy un buen hombre, solo te observo, aunque si tú quisieras, nada, nada, tonterías mía, mi pretensión no va más allá de quince minutos de avistamiento, olvídalo, pero todas las ventanas no pertenecen a hombres buenos, esconde esta conversación a tu marido, por favor, tu vida es tranquila, simplemente era eso, discúlpame, buenos días, te veo el lunes. ¿Mereces el derecho a conocer que ocupas mis sueños? Afortunadamente, el miedo, fiel consejero, me retiene posando un escalofrío en mi espalda. Jiménez, me susurra con tono paternalista, ¿quieres que la chica corra a la comisaría más cercana?

Ese pantalón se te resiste. Dudas extrañamente —nunca dudas— sobre su posición para el perfecto secado. Tanteas opciones, reordenas el tendedero con media docena de ajustes, analizas de nuevo el pantalón. Recoges un mechón de pelo tras la oreja izquierda, te ajustas la camiseta que ha quedado descompuesta deliciosamente con el ajetreo.

Y de repente.

¿Y si reuniera valor y le propinara una patada en el culo al miedo? Márchate de mi lado, gritaría. ¿Y si confirmaras con una confesión a media voz lo que mi vigilancia parece indicar levemente? Ciertas señales, ciertas sensaciones que conforman tu imagen, al igual que el olor a tierra mojada anuncia la tormenta. Y si rieras al recibir mis palabras. Sería genial. Gracias por poner atención en mí, podrías decirme, tenderé para ti otros días si te viene bien, podrías decirme, me siento halagada por tu interés, podrías decirme.

¿Y ese gesto lánguido que percibo a veinte metros cada lunes? ¿Y ese halo de pajarillo enjaulado? Casi puedo oler el rastro de las causas. Recreo la escena, atrapas una de mis muñecas y me apartas a un lado de la acera, tratando de huir en vano del resto de ojos que jadean en la oscuridad de las ventanas. Estudié, ¿sabes?, pretendía emprender una carrera profesional, incluso me contrataron en una clínica dental, luego conocí a Jorge y nos casamos antes de los treinta, enseguida concebimos a Pablo y dos años después vino Álvaro, he olvidado la odontología, probablemente me acomodé, sucumbí ante la falsa comodidad de la vida doméstica, desearía volver, pero Jorge, ¿sabes?, desearía volver, pero Pablo, ¿sabes?, desearía volver, pero Álvaro, ¿sabes? Mientras tanto, me dedico a tender los lunes por la mañana, concluirías con un quiebro vocal. La escena finalizaría con el ofrecimiento meditado por mi parte de un abrazo consolador y una frase final que sumergiría al espectador en la reflexión. Querida, ambos tenemos vidas de protección oficial. El telón cae y el público aplaude entusiasmado.

Me pregunto mientras miras fastidiada el dichoso pantalón si luchamos lo suficiente por conseguir la felicidad. Me pregunto si el ser humano vive con la misión de reunir toda la

felicidad posible o existe la felicidad genética. Me pregunto qué podemos hacer, cómo lo podemos hacer, si es necesario hacerlo. Me pregunto si tocaré la felicidad al borrar las distancias que nos entorpecen. Me pregunto cómo será el sonido del timbre de tu vida.

Y de repente, alzas la cabeza hacia el tercero cuarto. Me percato con estupor de que adelantas la cabeza atraída por la oscilación de una sombra. La persiana desciende con estruendo. Las piernas tiemblan. Maldigo el exceso de confianza que ha relajado mi puesto de vigilancia. Me golpean las carcajadas del miedo.

Prometo que soy un buen marido y un buen padre. Cartesiano y correcto.

Fin.